

que le quedaban hácia la Tracia, de modo que antes de llegar al Bósforo la gente de Gualtero *sin tener* había perdido sus tres cuartas partes, llegando al cabo de dos meses los restantes á Constantinopla tristes y macilentos, sin espíritu y sin vigor.

Las fuerzas de Pedro el Ermitaño siguieron el mismo camino, y al descubrir las huellas de la desgracia acontecida á la vanguardia, trataron de vengarla imprudentemente; al efecto se cebaron en Semlim, mancillando la causa de la cruzada, cometiendo excesos horribles que fueron expiados en las llanuras de Nicea.

Un sacerdote del Palatinado llamado Gotteschalk partió con 15,000 hombres de diferentes provincias de Alemania; al pasar por Hungría se apoderó de aquellas fuerzas indisciplinadas el cebo del robo y toda clase de desórdenes, de modo que irritado el pueblo húngaro, valiente y fuerte como es por naturaleza, arremetió contra ellas con tanto furor, que perecieron acuchilladas miserablemente.

Otra multitud de peregrinos de las orillas del Rhin y del Mosela se puso tambien en marcha, llevando á su frente á un eclesiástico llamado Wolkmar y al conde Emicon; esta expedicion componíase casi exclusivamente de vagamundos y aventureros, dirigidos por jefes sin conocimientos militares y que no comprendían el santo fin de la cruzada, y eligió por sus primeros enemigos á cuantos judíos encontraba á su paso; por lo tanto varias ciudades de Alemania quedaron ensangrentadas por horrosa matanza y el Rhin y el Mosela arrastraron muchos cadáveres de israelitas.

Después de estas escenas de carnicería, no es extraño que la expedicion viese huir á los pueblos de Hungría al acercarse. Megsburgo cerró sus puertas y se negó á entregar víveres á los soldados de Emicon: pero, irritados estos le pusieron sitio, pereciendo la mayor parte al pié de los muros de dicha ciudad, y sólo un escaso número de la vanguardia llegó á Constantinopla.

Estos descalabros fueron justamente permitidos por la divina providencia, por cuanto aquellos mal llamados cruzados con sus desórdenes, excesos y asesinatos, en vez de atraerse las bendiciones del cielo le irritaron. Sin embargo conste que dichos cuerpos ó bandas de aventureros, dispersadas y casi anonadadas en Hungría, Bulgaria y Bitinia, no eran la verdadera cruzada y pagaron bien caro su punible modo de obrar. El ejército propiamente cruzado venia detrás, é iba mandado por jefes experimentados, de alta alcurnia y animados por el espíritu de la religion y celo de la mayor gloria de Dios.

El más distinguido de todos era Godofredo de Bullon, duque de la Baja Lorena, descendiente por parte de su madre de Carlomagno. Al ponerse al frente de la cruzada, quiso expiar la gran falta de haber defendido al

excomulgado emperador de Alemania Enrique IV, así como al antipapa Clemente III, y por consiguiente de haber ido contra el papa Gregorio VII, el célebre Hildebrando. Acompañaban á Godofredo sus hermanos Balduino y Eustaquio de Bolonia, y su primo Balduino de Bourg, hijo del conde de Retel, Hugo de Vermandois, hermano de Felipe I rey de Francia, Roberto conde de Flandes, Estéban de Blois conde de Chartres, Roberto conde de Normandía, el conde de Hainaut, Garnier conde de Gray, Conon de Montagut, Dudon de Gouts, Rainaldo y Pedro de Toul, Hugo y Godofredo de Hache, Geraldo de Cherisi, Hugo de San Pablo y su hijo Engelrando, y otros ilustres señores que iban bajo las órdenes de dichos capitanes. El ejército, á cuyo frente estaba el grande adalid Godofredo de Bullon, se componía de 80,000 infantes y 10,000 jinetes.

Los cruzados de la Provenza y Mediodía de Francia emprendieron la marcha bajo las órdenes de Raimundo conde de Tolosa, distinguido por su intrepidez en las guerras de España contra los sarracenos, á quien el rey D. Alfonso VI había confiado el mando de un cuerpo de ejército. La historia nos ha conservado algunos de los nombres más ilustres que figuraron en esta cruzada, para dar testimonio evidente de su fe y entusiasmo por la guerra santa, así como de algunos españoles que se unieron á la misma no obstante que en España se luchaba heroicamente contra los musulmanes. Los nombres que merecen especial mencion segun antiguas crónicas, son los siguientes: Heraclio conde de Polignac, Poncio de Balazun, Guillermo de Sabran, Eleazar de Montredor, Pedro Bernardo de Montagnac, Eleazar de Castrie, Raimundo de Lilla, Pedro Raimundo de Hautpont, Gousier de Lastours, Guillermo V señor de Montpellier, Raimundo Pelet señor de Alois, Isardo conde de Dié, Riambaldo conde de Orange, Guillermo conde de Forez, Guillermo conde de Clermont, Gereldo hijo de Guillabert, conde de Rosellon, Gaston vizconde de Bearne, Guillermo Amanjeu de Albret, Raimundo vizconde de Castellon, Guillermo de Urgel, el conde de Forcalquier, y otros señores de no menor mérito y distincion. Con este cuerpo de ejército iban los obispos de Alp, Lodeve y de Range, con muchos eclesiásticos y monjes para el servicio espiritual del ejército. El Papa designó como legado de la Santa Sede á Ademaro obispo de Puy para que se uniese al ejército del conde de Tolosa y fuese el jefe espiritual de la cruzada, la cual atravesó los Alpes y se dirigió al Adriático.

En Italia se formó otro ejército de cruzados normandos el cual estuvo á las órdenes del príncipe de Tarento llamado Bohemundo, hijo del célebre Roberto Guiscardo, gran defensor de Gregorio VII, y de su primo Tancredo y otros grandes señores cuya enumeracion seria interminable, sobresaliendo en todos el valor, y el celo por la defensa de la fe, y llegando su abnegacion y sacrificio hasta el punto de vender la mayor parte de ellos sus castillos y feudos para hacer frente á los gastos de la guerra santa.

Pero, cosa singular y digna de observarse, en esta célebre y primera cruzada, que conmovió toda la Europa no vemos figurar ningun emperador ni rey para darle la importancia que merecía. Enrique IV, emperador de Alemania, habría sido el más digno de ponerse al frente de la cruzada por sus excelentes cualidades de valor y pericia, por disponer de poderoso ejército, y tener á favor suyo todas las probabilidades de la victoria; pero sus lamentables desavenencias con el papado, fueron sin duda motivos para no tomar parte activa en esta empresa de tanta gloria para la religion y bien de la cristiandad. Felipe I de Francia, con sus amores criminales con Bertrada esposa de Foulques de Rechin, conde de Anjou, prefirió las liviandades y hechizos de dicha cortesana, que deshonraban su reinado y su corte, antes de tomar la cruz y guerrear contra los enemigos del cristianismo. Guillermo el Rojo de Inglaterra, dominado por el interés personal, no quiso abandonar su reino nuevamente conquistado, para ir á la conquista de la Tierra Santa.

Los reyes de Castilla, Navarra y Aragon y los condes de Barcelona, tenían motivos y causas poderosas para no alejarse de sus reinos respectivos, no cediendo á nadie en su celo por la religion y su amor por la libertad de los Santos Lugares de Jerusalem. Dichos reyes combatian á brazo partido dentro de sus dominios contra los árabes y sarracenos enemigos del nombre cristiano, de manera que España desde la invasion de dichos bárbaros vino á ser el teatro de una continua cruzada, adonde acudian los más bravos y distinguidos señores de la aristocracia europea, á fin de acreditar su fe cristiana, ejercitarse en las armas y con ellas ennoblecer más y más sus familias con los rasgos de bravura, intrepidez y heroismo en los campos de batalla, combatiendo y luchando al lado de los naturales del país, los cuales con imponderable constancia venian sosteniendo tan ruda guerra por espacio de algunos siglos contra los hijos del profeta, que traidora y villanamente habian invadido la España en tiempo del infeliz y malhadado don Rodrigo.

Sin embargo, y á pesar de que la historia apenas habla de los caballeros españoles que militaron en esta cruzada, podemos asegurar no obstante que el arzobispo de Toledo llamado D. Bernardo, con la insignia de la cruz y seguido de gran número de nobles y vasallos, salió de España, atravesó los Pirineos y se unió al ejército del Mediodía de Francia, mandado por el conde de Tolosa.

Tambien es innegable que muchos nobles catalanes formaron parte de la cruzada, y tanto es así que desde aquella época datan y se conservan títulos y blasones entre la aristocracia catalana, adquiridos heroicamente por hechos de armas en la primera y sucesivas cruzadas, combatiendo en los campos de Asia y Palestina.

Los ejércitos reunidos de Godofredo de Bullon, del conde de Tolosa y

del príncipe de Tarento, formaban un total de 100,000 caballeros y 500,000 infantes, comprendidos hombres mujeres y niños. Las repúblicas entonces poderosas de Venecia, Génova y Pisa trasportaron la mayor parte de dichas fuerzas hasta el Bósforo y Constantinopla, para desde estos puntos dirigirse al Asia; y como sobreviniesen rivalidades y desórdenes por la ambicion de mando entre los principales jefes, que no querian sujetarse ni obedecerse unos á otros, se resolvió en un consejo general confiar el mando supremo á Godofredo de Bullon, jurando todos ciega obediencia á las órdenes que diera dicho general, bajo cuya direccion marchó el ejército hácia el Asia.

Los musulmanes, al saber que el ejército cristiano se dirigia hácia su territorio, llenos de temor determinaron reunir grandes fuerzas para defenderse, y al efecto se posesionaron de las montañas inmediatas á Nicea, que consideraron seria la primera ciudad atacada por los cristianos; y así fué en efecto. Dicha ciudad, capital de Bitinia y del imperio de Raum, está situada á orillas del lago Arcanio, cerca del mar de Mármara; se hallaba bien fortificada y defendida por numerosa guarnicion y por más de 370 torres. El ejército cruzado sitió dicha ciudad, y al cabo de pocos dias se presentó para atacar al ejército sitiador y hacerle levantar el sitio el sultan Soliman Kilidje Arstam con más de 100,000 hombres, trabándose una encarnizada batalla que duró doce horas, durante las cuales cristianos é infieles se causaron terribles pérdidas, quedando por fin victoriosos los cruzados, habiendo perdido más de 2,000 hombres, y dejando los musulmanes en el campo 4,000 muertos. Con la fuga del enemigo se continuó estrechando la ciudad, la cual indudablemente hubiera caido en poder de los cristianos á no ser la perfidia del emperador de Constantinopla, quien deseando conservar dicha ciudad trató secretamente con los sitiados por medio de un oficial griego, asegurándoles su proteccion; y que de este modo se librarian de la venganza de los cruzados. Los de Nicea convinieron en someterse á Alejo, emperador de Constantinopla, y con la mayor sorpresa vieron los cruzados ondear en las torres de la ciudad la bandera imperial. Grande fué la indignacion del ejército cristiano; con todo, levantó el sitio, y continuó la marcha hácia la Siria y Palestina.

Grandes trabajos tuvieron que soportar los cruzados al internarse en el Asia menor, La escasez del agua era la mayor calamidad que tenían que sufrir al atravesar los dilatados desiertos de aquellas regiones. Con pocos esfuerzos se rindió la ciudad de Galas ocupada por los turcos; y como la toma de esta plaza facilitaba el camino de Antioquia, los infieles procuraron poner dicha ciudad en un estado formidable de defensa.

El ejército cruzado seguia adelante, á pesar de los obstáculos que los infieles oponian á su marcha; para detenerle aun tenían ocupado el puente del Oronte, y á sus dos orillas numerosos batallones esperaban la llegada

de los cruzados. Sin embargo éstos avanzaron en buen orden, y precipitándose con arrojo contra los infieles, los derrotaron segunda vez.

A la otra parte del puente se dividió el ejército en dos cuerpos: el uno bajo las órdenes de Godofredo de Bullon, de Raimundo, Hugo el Grande y el conde de Flandes, y el legado del Papa, Aldemaro: el otro cuerpo, menos numeroso, iba bajo la dirección de Bohemundo, de Tancredo y del duque de Normandía. Este último cuerpo al llegar al valle de Gorgoni fué sorprendido inopinadamente por los musulmanes, que ocultos en las asperezas de las montañas se precipitaron como un torrente contra los cristianos, quienes sostuvieron con valor el ímpetu y violencia de los infieles; y aunque estos eran superiores en número, aquellos hicieron prodigios de intrepidez. La lucha era desigual y la derrota de los cristianos inevitable, pues se hallaban agotados de fuerzas, y abrumados por el número de enemigos y con muchas horas de lucha desesperada, cuando llegó en su socorro el ejército de Godofredo, que, envolviendo al enemigo, le destrozó completamente, quedando en el campo 3,000 oficiales y unos 20,000 soldados. Los cristianos perdieron 4,000 hombres. Esta batalla es conocida con el nombre de Dorilea (1097), por estar cerca dicha ciudad del valle en donde se libró.

Después de conseguida esta victoria, continuó la marcha el ejército cruzado, internándose en las regiones abrasadoras de la Frigia, en donde el hambre y la sed diezmaron horribilmente á los cruzados, siendo causa de nuevas desavenencias entre los jefes y soldados de tan diferentes países de que se componia aquel ejército. Balduino, hermano de Godofredo de Bullon, con un cuerpo de cruzados se apoderó de Edesa, despues de haber pasado el Éufrates, de cuya ciudad tomó el título de príncipe. Siguiendo la marcha cayó en poder de los mismos la célebre ciudad de Tarso, patria del Apóstol de las gentes. El grueso del ejército marchó hácia Antioquía, la ciudad de las 400 torres, llegando á sus cercanias el 18 de Octubre de 1097.

La conquista de dicha ciudad ofrecia grandes dificultades, no sólo por lo imponente de sus defensas si no tambien por su numerosa guarnicion. Por la parte del norte circunvalaba la ciudad el rio Oronte; sus murallas, como todas las antiguas plazas de armas, estaban almenadas y defendidas de trecho en trecho por torres, y la guarnicion se componia de 20,000 infantes y 7,000 caballos. Los jefes del ejército cruzado no ignoraban el estado formidable de la plaza, y por esto acampó á cuatro leguas de distancia, advirtiendo á las tropas los grandes peligros á que se verian luego expuestas, y exhortando á todos á que lucharan con entusiasmo y no perdieran el ánimo; pues esperaban conseguir un glorioso triunfo si ponian toda su confianza en el Dios de las batallas, por cuya gloria y honor empuñaban las armas. A pesar de acercarse el invierno, mala estacion para



Hallazgo del hierro de la lanza que atravesó el costado del Salvador.

emprender guerras, los cruzados resolvieron poner sitio á Antioquía, creyendo que al aproximarse tan numeroso ejército se les abrirían las puertas de la ciudad; y con este motivo no hicieron los cristianos en los primeros días sino descansar de las pasadas fatigas; pero luego se desengañaron, por cuanto los sitiados hicieron repetidas salidas, matando á algunos cruzados que se habían esparramado por aquellas llanuras. Los cristianos por más valientes que fueran, sin máquinas de guerra para abrir brecha, no podían intentar el asalto; por cuyo motivo permanecieron mucho tiempo inactivos esperándolo todo del desaliento de los sitiados, ó mas bien de un prodigio del cielo. Con lo dilatado del sitio los víveres se acabaron luego, y á fin de prevenir el hambre que amenazaba á los cristianos, Bohemundo y Roberto de Flandes, al frente de una division, se dirigieron al territorio de Harem, y regresaron con provisiones algo abundantes; que se consumieron al cabo de poco tiempo, y entonces el hambre junto con el frío, propio de los últimos meses del año, causaron horribles estragos que redujeron al ejército á la espantosa necesidad de alimentarse de los cadáveres de los animales, y de los musulmanes fallecidos ó asesinados.

Hé aquí la narracion que sobre esto hacen los historiadores de las Cruzadas: Cada día el frío, el hambre, las enfermedades aumentaban el sufrimiento del ejército, y abrian sepulturas para nuevas víctimas: los sacerdotes no bastaban para recitar las oraciones de los difuntos y faltaba espacio para las sepulturas. Las crónicas nos representan á los caballeros pálidos y cubiertos de andrajos, arrancando con un hierro puntiagudo las raíces de las plantas, despojando á los surcos de las semillas recién sembradas, y disputando al ganado la yerba de los pastos. Los caballos de batalla habían perecido por falta de alimento; al principio del sitio se contaban hasta 70,000, á la sazón sólo quedaban 2,000, arrastrándose penosamente en torno de las tiendas podridas por las lluvias del invierno. A todos estos males se agregaba la desercion. El duque de Normandía que se había retirado á Laodicea, sólo volvió despues de tres intimaciones hechas en nombre de la religion de Jesucristo. La desercion de Guillermo Charpentier y la de otros caballeros causaron gran desaliento y escándalo. ¡Contraste inaudito! la corrupcion se mezcló en medio de la miseria más espantosa; bajo las tiendas de los cruzados se vieron la voluptuosidad y el hambre; el legado apostólico Aldemaro persiguió con su palabra severa y con amenazas á los libertinos y blasfemos; un tribunal compuesto de los principales jefes del ejército y del clero quedó encargado de perseguir y castigar á los delincuentes (1).

Las exhortaciones del legado pontificio y los castigos impuestos por el tribunal hicieron renacer la confianza y restablecieron la disciplina, y

(1) Michaud y Poujoulat: Hist. de las Cruzadas, cap. IV.
TEMP.